

Una frontera avasallada

VALENTÍ PUIG

Ceuta y Melilla son la prueba, dura como la punta de un diamante, de que la prioridad de una buena diplomacia consiste en que los gobiernos aseguren vecindades estables a sus naciones. Mientras las catástrofes naturales castigaban Pakistán o Centroamérica, los telediarios han ido depositando en los hogares españoles las imágenes desoladoras de una frontera propia asaltada y vencida por una avalancha de inmigrantes huérfanos de toda asistencia, ciudadanos de ningún lugar. Marruecos ha sido, como mínimo, lento a la hora de controlar la masa subsahariana que intenta como sea adentrarse en la prosperidad europea. La situación es escalofriante, con víctimas, con zozobra, con repatriados de la forma más brutal. Diversos gobiernos europeos achacan a la laxitud de la política migratoria del gobierno español un «efecto llamada» que sobrecarga de riesgos lo que es la frontera de España –y por tanto, de la Unión Europea– con Marruecos.

Entre saltarse la valla en Ceuta y Melilla o llegar con los papeles en la mano hay

toda una diferencia y es la diferencia que va de la política improvisada a la política sensata. En los despachos de la Unión Europea se calcula en estos días que unos diez mil inmigrantes aguardan en Marruecos para pasarse como sea a España y unos veinte mil esperan agazapados en Argelia. Franco Frattini, comisario europeo de justicia, advierte del riesgo de suponer que ese es estrictamente un problema español.

En el África subsahariana, medio siglo después del final del colonialismo, aquellos nuevos Estados por lo general viven en situación de anarquía o de guerra civil, salvo cuando sobreviven como pueden bajo regímenes despóticos, arruinados por la corrupción y por un sistema de cleptocracia vastamente arraigada. De ahí provienen esas gentes desesperadas que se entregan a las mafias para poder transitar hasta Ceuta o Melilla, saltarse la frontera y hallar en Europa un sustento y una dignidad humana. En medio siglo, un 20 por ciento de la población mundial será africana.

La Unión Europea envejece, crece poco y necesita mano de obra. Dentro de cin-

cuenta años, Europa pudiera pasar de tener una población de 728 a 632 millones de habitantes. Ya hace años lo advertía Helmut Kohl: «Una nación industrial no es un parque temático en el que los jubilados son cada vez más jóvenes, los estudiantes cada vez con más edad, los horarios laborales cada vez más reducidos y las vacaciones cada vez más largas». Envejecimiento de la población, menos natalidad, mucha inmigración: En eso sí puede afirmarse que España está integrada en los procesos cíclicos de Europa. A mediados de los ochenta, en España solo había un cuarto millón de inmigrantes residentes, hasta los cuatro millones de empadronados extranjeros, según datos de este verano.

Ya más al margen de la Unión Europea, el caso de Rusia es espectacular aunque menos conocido. En la década después de la desintegración del imperio soviético, el territorio ruso perdió en su demografía unos cinco millones de habitantes, dándose la suma de una altísima tasa de mortalidad y una muy baja tasa de natalidad. En las fechas actuales, la tasa de mortan-

dad –alcohol, dieta altamente insana, enfermedades sexuales– sobrepasa en un 70 por ciento la tasa de natalidad.

Según «The Times», el año pasado hubo en Rusia más abortos que nacimientos: concretamente, 1,6 millón de abortos registrados, frente a 1,5 millón de venidos al mundo. A mediados de este siglo, la población rusa pudiera quedar reducida a poco más de cien millones, con una pérdida del 30 por ciento. Otras previsiones hablan de una reducción al 50 por ciento. También han bajado dramáticamente las expectativas de vida.

Se trata de una crisis de proporciones superiores a la europea. En menos de veinte años, Rusia no tendrá suficiente mano de obra –en todos los niveles– para mantener su economía. En Moscú se está pensando como atraer inmigrantes que procedan de las antiguas república soviéticas, a poder ser gentes de origen ruso, pero con el riesgo de que como en tantas otras partes aparezca luego la reacción xenófoba. Con o sin fronteras, hay cola en las taquillas de visados.

El modelo del Estatut catalán

JOSÉ MARÍA DE AREILZA CARVAJAL

Lo mejor sin duda es que se retirara y que empezasen los dos grandes partidos a hablar en serio de cómo mejorar la Constitución

Lo peor del nuevo Estatuto catalán es el modelo de Estado confederal que propugna y por ello es un texto muy difícil de enmendar, como ahora quiere hacer el PSOE en las Cortes Generales después de haberlo promovido en el Parlamento catalán. La proclamación de Cataluña como nación en el Preámbulo y en su artículo 1 no es nada retórica: esta afirmación sienta las bases para la construcción sistemática de Cataluña como un Estado confederado, sin este nombre, a través de 226 artículos más.

Conforme al Estatuto, el Estado desaparecería de Cataluña y sería sustituido por la Generalidad en toda competencia territorializable. En las demás materias, la futura relación Cataluña-Estado sería casi por completo bilateral, es decir, entre partes iguales, sólo que el Estado apenas podría intervenir en los asuntos catalanes y los representantes catalanes sí podrían condicionar bastantes decisiones del Estado. En el fondo, el Estatuto trata de eliminar cualquier relación con un poder vertical sustantivo, por encima de Cataluña, salvando la inserción en la Unión Europea a

través de lo que sería la cáscara del Estado español. De este modo, Cataluña lograría la aplicación en su territorio de los tratados europeos, un extremo importante para los políticos del tripartito que lógicamente no quieren quedarse fuera de la Unión.

Esta nueva configuración que se propone de la comunidad política catalana requeriría que a medio plazo España se transformase en un Estado plurinacional, radicalmente distinto del Estado autonómico que diseñó la Constitución de 1978. De acuerdo con el texto aprobado en su Parlamento, Cataluña ya no formaría parte de la nación española sino de dicho Estado plurinacional. Al negarse que la soberanía radica en el pueblo español, ésta tendería a disgregarse en distintas naciones, todavía por definir, una de las cuales sería des- de luego la catalana.

De este modo, si se aprueba el Estatuto

con sólo rebajas parciales y se consagra este modelo confederal, a las Comunidades Autónomas gobernadas por nacionalistas, y también a las autonomías que contribuyen de forma neta al Estado, les puede cegar la idea de obtener beneficios a corto plazo. Seguirían de este modo el ejemplo del Estatuto catalán y evolucionarían hacia una relación confederal parecida. A cambio, para las autonomías que reciben fondos del Estado, la autodeterminación y la autofinanciación no tiene sentido y con el debilitamiento del Estado pueden verse a medio plazo muy perjudicadas en el nivel de servicios públicos en sus territorios, justo en los años en los que empezarán a disminuir de modo muy significativo los fondos europeos.

Así que el problema no es tanto las palabras como el modelo, no muy distinto de lo que contenía el rechazado Plan Ibarreche. Es cierto que nuestras palabras son nues-

tros mundos, como explica el filósofo británico Philip Allot y que por muchos juegos semánticos que hagamos al final en política nuestros vocablos significan cosas muy importantes. Pero ojalá nuestros representantes no pierdan de vista el estéril modelo que se propone.

Sólo a una minoría de ciudadanos le interesa que España pase a ser un ente compuesto por un número indeterminado de unidades «nacionales», cada una con intereses propios y con frecuencia contradictorios y sin el arbitraje claro de un Gobierno y un parlamento de ámbito nacional con capacidad decisoria. Es una perspectiva política en la casi todos perderíamos y que no ofrecería estabilidad. Por eso una reforma del proyecto de Estatuto catalán en las Cortes Generales sólo puede ser muy profunda y debe afectar a casi todo su articulado. Lo mejor sin duda es que se retirara y que empezasen los dos grandes partidos a hablar en serio de cómo mejorar la Constitución de 1978, para evitar este tipo de reformas peligrosas y por la puerta de atrás de las reglas básicas que aseguran nuestra convivencia política.

CARTAS AL DIRECTOR

Los originales que se envíen por correo a esta sección no deberán sobrepasar de 15 líneas mecanografiadas. Estarán firmados y se adjuntará fotocopia del D.N.I. Las cartas enviadas por correo electrónico además del nombre completo y número del DNI deberán adjuntar un número de teléfono de contacto. **El Diario Montañés** se reserva el derecho de resumirlas y extractarlas si fuera necesario.

E-MAIL

cartas.dm@eldiariomontanes.es

CORREO

El Diario Montañés. Sección Cartas al Director. C/ La Prensa, s/n, 39012 Santander

La España del futuro

Señor director:

¿Qué es lo que está pasando en nuestro país?, o mejor dicho, ¿qué es a lo que están jugando algunos individuos? Pues de la noche a la

mañana quieren que volvamos a la torre de Babel. Pues hay cuatro o cinco pueblos españoles que quieren hablar su idioma, o mejor dicho su dialecto, que de lenguas no tienen nada. Puesto que las lenguas más habladas del mundo son

el castellano y el inglés, o viceversa.

Aquí en nuestro paísís queremos promocionar el turismo, que dicen los políticos que son los que más dinero nos dejan.

Pues bien, todos los turistas que vienen a España hablan el español, o por lo menos el 95%, ¿Qué van a decir esos señores cuando lleguen a uno de esos pueblos y no les quieran hablar en nuestro idioma el castellano? Y eso es lo que les ha pasado a unos señores de Santander que fueron de vacaciones a Barcelona y entraron a un restaurante a comer y no les quisieron hablar en castellano, claro está, les mandaron a tomar por el c... y se largaron de Barcelona.

Eso por un lado, y por el otro,

que quieren convertir a sus pueblos en países, y precisamente son los que más han chupado y siguen chupando toda la vida a cuenta del pueblo español. Primero con Franco y ahora con la Constitución, si es que se le puede llamar así porque de la forma que vamos creo que esos individuos están preparando un golpe de estado como pasó en el 36, que esos individuos lo querían todo como ahora y lo que consiguieron fue un alzamiento nacional, y lo peor de todo, es que cuando lo vean mal igual que en el 36 esos individuos se largan al extranjero, y los que pagan son el pueblo español como en el 36.

Pues todavía hay algunos de los que escaparon entonces y han vuelto después. Me gustaría saber

que opinan o piensan ellos ahora sobre España en estos momentos.

José Luis Sarabia
DNI: 13.489.170

Soterramiento de cables de alta tensión

En el mes de marzo recibimos un escrito del alcalde de Santander en el que mostraba su determinación para resolver el problema del soterramiento de la línea de alta tensión en el entorno del C. P. Elena Quiroga «de una vez por todas» (es de lamentar que el alcalde no mostrara la misma determinación cuando su partido gobernaba tanto en el Ayuntamiento como en el Gobierno Auto-